

—Es verdad, pero ya no estaba yo allí. [...] Traté más a Luis después de la República, o momentos antes de la República, cuando tenía fundada la Orden de los Hermanos de Toledo. Iban a la Venta del Aire. Allí estaba Dalí. En la Venta del Aire había un dibujo de Dalí, formidable, en la pared, a lápiz: todos los Hermanos de la Orden de Toledo. Allí duró bastantes años, después lo encalaron y lo borraron. Yo lo llegué a ver: estaba el retrato de Buñuel; estaba estupendo; de esas cosas que hacía Dalí como magnífico dibujante. La verdad es que había un gran entusiasmo por Toledo y toda la literatura becqueriana, romántica. Yo ingresé en la Orden más tarde. No se admitía a cualquiera. Estuve en Toledo con Luis Buñuel, con Luis Lacasa, con Manuel Ángeles Ortiz una noche para celebrar los ritos de la Orden. Me acuerdo que estuvimos en la Posada de la Sangre y a medianoche sacamos las sábanas de la cama, y con ellas Buñuel se vistió de fantasma. Desapareció y se fue al atrio de la iglesia de Santo Domingo, que tiene unas escaleras, y en ellas apareció Luis, de pronto, bajándolas en la semipenumbra de la plaza. No había luna, pero sí una luz difusa de las ventanas tras las que estaban rezando las monjas. Apareció Luis en el atrio sin que se le vieran los pies; la mano así, colgada de las sábanas, y haciendo el fantasma; era realmente impresionante, y tuvimos miedo de que apareciera el sereno, se asustara y empezara a tiros con nosotros. Esa era una de las cosas que hacían los Hermanos de Toledo. No estuve más que esa noche, y fui admitido en la Orden, a la que pertenecían Federico y Pepe Moreno, entre otros. Yo creo que la vida de Buñuel en España es así: muy de cuando en cuando, y que te va a ser difícil recomponerla. Además, debió de vivir poco en la Residencia...

—Seis años.

—Es posible; al fin y al cabo yo no era más que un visitante, y, además, yo era pintor y tenía pocas relaciones con los escritores, hasta que...

—Buñuel quería ser poeta.

—Sí.

—¿Qué cosas recuerdas que publicara entonces?

—Creo que nada más que eso que te he dicho antes, pero no sé si lo firmó él solo o los dos. ¿Tú conoces poemas de Buñuel?

—Sí.

—Sé que le costaba un gran trabajo escribir y sufría muchísimo, y se pasaba las noches, según me contaban Federico y los demás, escribiendo sus cosas literarias con un gran dolor, con un gran esfuerzo, hasta que insensiblemente fue descubriendo su verdadero camino; y entonces comenzó a hacer sus cosas de crítica, y me acuerdo que preparaba, en el año veintiocho, un *Goya* que le daba mucho que hacer: un enorme guion que escribía con gran dificultad. Y lo he visto a veces en el Arrumbambaya o en La Granja llevando el guion, muy largo... Se acercaba con él bajo el brazo... Creo que fue una película que no se hizo.

—Fue un encargo oficial.

—Pero era un guion enorme; él llevaba hecha una vida de Goya... Yo me acuerdo que tenía un montón de cuartillas muy grande; lo estaba estudiando con verdaderos detalles, con interés, de verdad como para hacer un gran filme. Después apareció con *Un perro andaluz*, de pronto, y ya se borró toda esa otra idea del Buñuel anterior. [...] Dalí estuvo dos o tres años en la Academia de San Fernando, y fue ahí la amistad grande con Federico. Dalí había hecho unos dibujos para mi *Marinero en tierra*, para unos poemas que hablan del sueño de un marinero, de unos marineros que juegan al ajedrez con las sirenas; y era muy bonito. Eran muy bonitos,

pero yo tengo la idea de que Federico no se los dejó publicar. Y salieron mis poemas sin dibujos. Pero realmente cuando Dalí empieza a dibujar marineros y cosas así es cuando yo hago *Marinero en tierra*, porque yo sé que le gustaban mucho mis poemas. Pero lo que pasa es que Dalí es un fresco, y, con su jaleo anticomunista y todas esas cosas, Dalí no ha hablado ni ha citado nunca mi nombre en ninguno de sus libros. Pero en esa época fuimos muy amigos, y sé que cuando hice el *Marinero* le gustó muchísimo porque él vio allí todo su mar de Cadaqués en esas cosas, e hizo unos dibujos preciosos que estaban basados en los poemas del *Marinero*; eran unos dibujos muy lindos, que yo sé que eran para mis poesías, aunque no lo decían claramente; después, no se publicaron nunca. Fue muy larga la relación Buñuel-Dalí, y también con Pepín Bello, porque Pepín Bello tuvo una influencia muy grande en ellos. Pepín Bello era un tipo genial. Era un transeúnte que iba por la Residencia, que había sido residente; muy gracioso, muy agudo, al que se le ocurrían cosas extraordinarias. Todo esto de los burros y los pianos, muchas de esas cosas eran de Pepín Bello. Eso, Buñuel lo sabe bien. Pepín Bello estaba lleno de imaginación, y eso del «putrefacto» y todas esas cosas, muchas de ellas eran de Pepín. Fue entonces cuando Dalí dibujó, creo, «el putrefacto» y todas esas cosas; pero el que había hablado más de todo eso y se pasaba la vida perdiendo el tiempo sin hacer nada, por las calles, era Pepín, haciendo el putrefacto. Inventando... Esto fue cuando salió el «anaglifo», el «ruísmo»... El ruísmo era la tendencia de ir por las calles. Hay muy pocos ejemplos de «ruísmo». Buñuel conocía todas esas cosas muy bien; me parece que él intervenía poco, pero me acuerdo que con Federico jugábamos a empezar una estrofa, dos versos, y el otro lo continuaba. Por ejemplo, un día llegaba yo a la Residencia, y en el cuarto de Federico

estaba la revista el *Bauhaus* —esa famosa revista de arquitectura—, y yo le dije a Federico:

Mientras que leo el *Bauhaus*,
venido de Seveningen...

Y Federico contestó:

... me cago en Jacinto Grau
y en la Santísima Virgen.

Esto lo conoce muy poca gente, ¿sabes?, porque realmente, desde el punto de vista de la gracia espontánea y natural, sería lindo, alguna vez, recordar exactamente todas estas pequeñas cosas, porque muchas están llenas de ingenio y llenas de gracia, muy del momento, ¿verdad?, como los «anaglifos», que fueron estupendos hasta que Federico los echó a perder. Federico inventó el «anaglifo» barroco, como el que decía:

Guillermo de Torre,
Guillermo de Torre,
la gallina,
y por ahí debe de andar algún enjambre.

Este fue un anaglifo que ya no se aceptó porque se consideró que era demasiado largo y exagerado y perteneciente al barroquismo.

Porque el anaglifo era:

El pin, el pan,
el cura,
la gallina
y el comandante.

formando un grupo de amigos a quienes les gustaba mucho ir a Toledo: los **Cofrades de la Orden de Toledo**. Un día callejamos por todo Toledo, dando vueltas y gritos. Estaba Buñuel y estaba Manolo Ángeles Ortiz y algunos amigos más. Y, de repente, pasamos al lado de un grupo de muchachos de la Academia de Infantería y se les ocurrió decir una de esas cosas que dicen los hombres, que se llaman «flores», pero que también pueden llamarse «ordinarieces». Y entonces dijeron no sé qué. Manolo Ángeles Ortiz, Buñuel y todos se pusieron como lobos: empezaron a dar gritos y casi a pegarse con los estudiantes, y un lío espantoso. Yo estaba muy asustada de haber provocado sin querer todo aquel conflicto cívico-militar. Y al fin tuvimos que irnos volando porque nos gritó una vecina desde un balcón: «Corran, corran. Váyanse pronto. Que viene toda la Academia de Infantería contra ustedes». Huimos por patios y callejas. Nos abrían pasillos privados, patios y callecillas pequeñas, nos pasaban por entre medio de las casas... Y así, salvados por la fraternidad cívica de la gente de Toledo, llegamos al Puente y nos libramos de los cadetes.

—Tú no te acuerdas de que Buñuel era campeón de boxeo.

—Por eso, creo que por eso empezó todo, porque quiso demostrarnos que era campeón de boxeo boxeando con los cadetes.

—Y luego con Buñuel no has vuelto a convivir así, más que esporádicamente.

—Nos lo volvimos a encontrar, de pronto, en Francia, y hemos estado con él en Francia dos o tres veces. Siempre le vamos a buscar a su hotelito, que creo está en el bulevar Raspail, no me acuerdo bien.

—Sí. Sigue parando allí, frente al cementerio.

MAX AUB

CONVERSACIONES CON BUÑUEL

seguidas de 45 entrevistas con familiares,
amigos y colaboradores del cineasta aragonés

